
JOSEP RAMONEDA (ED.)

Cataluña-España:
¿qué nos ha pasado?

Galaxia Gutenberg

Índice

Prólogo. Las trampas de un debate <i>Josep Ramoneda</i>	9
--	---

Primera parte CATALUÑA Y ESPAÑA

Una utopía disponible. La Cataluña independiente <i>Marina Subirats</i>	19
Jordi Pujol, una historia de la Transición <i>Josep Maria Ruiz Simon</i>	27
La mutación del catalanismo <i>Jordi Amat</i>	37
La vía catalana, la cuna de la democracia <i>Francesc Serés</i>	49
Comunidades desimaginadas. ¡La secesión es inútil! <i>Enric Puig Punyet</i>	59
Gobernar una sociedad escindida <i>Marina Subirats</i>	69
El día inexorable: los intelectuales del proceso <i>Jordi Amat</i>	81
Dilemas del nacionalismo español en el siglo XXI <i>Xosé Manoel Núñez Seixas</i>	93

Segunda parte
TEORÍAS DE UNA CRISIS

La tormenta perfecta. Hipótesis sobre la radicalización del catalanismo político, 2010-2017 <i>Xosé Manoel Núñez Seixas</i>	107
El desafío imposible. Características y límites del movimiento independentista catalán <i>Marina Subirats</i>	121
Cataluña: la historia cuántica <i>Santiago Alba Rico</i>	133
¿Cómo se ha llegado hasta aquí? <i>Josep Maria Vallès</i>	147
Ruptura en Cataluña. El trasfondo de una crisis de Estado <i>Adrià Alcoverro</i>	161

Tercera parte
¿QUÉ NOS HA PASADO?

La urgencia de un diagnóstico <i>Josep M. Muñoz</i>	177
Las enseñanzas de la historia <i>Lucía Méndez Prada</i>	189
Estábamos avisados <i>Javier Pérez Royo</i>	195
La evolución del catalanismo y la respuesta española <i>Borja de Riquer</i>	201
Sobre el nacionalismo banal <i>Luisa-Elena Delgado</i>	215
El viraje del catalanismo al independentismo <i>Ramón Villares</i>	227
Esa reacción españolista <i>Javier Moreno Luzón</i>	241
Argumentos para un referéndum <i>Jordi Muñoz</i>	255
¿Dónde está la salida del laberinto? <i>Josep Maria Vallès</i>	267

PRÓLOGO

Las trampas de un debate

Josep Ramoneda

1. «Potencia nacional sin llegar nunca a su cumplimiento como acto»: este parece ser el destino de Cataluña. Y la explicación del carácter trágico de su conciencia nacional. Un destino sisífico: inaccesible aunque en algunos momentos se haya podido crear la ficción de que estaba cercano.

«Toda la vida de las sociedades en las que reinan las condiciones modernas de producción se anuncia como una inmensa acumulación de espectáculos. Todo lo que era directamente vivido se ha alejado en una representación», así iniciaba Guy Debord, en 1967, *La sociedad espectáculo*. Del proceso de espectacularización (que es a la vez de individualización y de aislamiento del ciudadano reducido a sujeto económico) no se salva ningún ámbito de creación de significado, ni el mercado ni la política ni los medios de comunicación. Por eso los conflictos políticos en los regímenes democráticos tienden a convertirse en rituales de persuasión en que no cabe otro punto de vista que el de las partes. Así se ha ido configurando un pensamiento ilusorio que promueve el alejamiento de los ciudadanos de su propia realidad, a partir de construcciones mentales aparentemente sin fisuras, que sólo funcionan en la dialéctica de confrontación amigo-enemigo. Y en este terreno sólo hay una vía realmente transformadora que está en aquellos discursos que, rompiendo el simplismo del estás conmigo o estás contra mí, intentan introducir elementos de realidad que subviertan el espectáculo re-
troalimentado por las partes en conflicto. Y sólo si desde el pensamiento crítico se abren brechas en los supuestos del espectáculo se

puede evitar que el espectáculo nos imponga una realidad que es una recreación de lo falso.

El conflicto soberanista catalán y su desarrollo son un ejemplo de ello. Un espectáculo tejido sobre mimbres y conceptos del pasado para neutralizar los vestigios de una realidad capaz de destruir los relatos. La súbita moda de los conceptos de posverdad y populismo es una prueba a favor de este argumento. Descubrir a estas alturas de la humanidad que los ciudadanos se comportan por criterios emocionales y no sólo racionales en términos de interés económico contante y sonante, sólo tiene como objetivo legitimar un tipo de discurso que convierte al hombre en tanto que sujeto económico en horizonte insuperable de nuestro tiempo. Facilitando así la exclusión del ámbito de lo políticamente aceptable a aquellos partidos acusados de populismo porque aspiran a una idea más compleja del sujeto o porque se niegan a aceptar acriticamente el espacio de lo posible definido desde la hegemonía neoliberal que la crisis de 2008 dejó en evidencia. En este contexto afrontar la cuestión catalana requiere tres previos: 1) desmitificarla y enmarcarla en las actuales transformaciones del mundo; 2) resistirse a las trampas del debate público, y 3) introducir el principio de realidad contra el pensamiento ilusorio. A esta tarea hemos intentado contribuir desde la revista *La Maleta de Portbou*, invitando a personalidades de disciplinas y sensibilidades diversas a aportar su reflexión sobre una cuestión que exige más ideas y menos consignas, más pensamiento y menos doctrina. Y estos materiales, publicados en distintos números de la revista, los reunimos ahora en este número, con la confianza de contribuir a extender la idea de que un debate de fondo no es sólo deseable sino que es posible.

2. Ni raro ni endógeno. Ensimismados en nuestras cuitas familiares, cargados de prejuicios hispánicos, tendemos a ver el conflicto soberanista como un fenómeno singular, extraño, retrógrado para algunos, propio de inacabables desencuentros de una nación española que nunca se cerró por completo. Pero sin negar ninguna de las circunstancias específicas del caso catalán, es higiénico y ayuda a desdramatizarlo si lo situamos en un marco más general: la crisis de gobernanza de la democracia liberal europea fruto de las muta-

ciones generadas por el paso del capitalismo industrial y local al capitalismo financiero y global.

El sueldo medio de los nuevos contratos en España es un 12 % inferior al de antes de la crisis. Los salarios están a la baja, el trabajo está precarizado y seguirá así. El crecimiento no garantiza una mejora generalizada del bienestar. Y las políticas llamadas reformistas no hacen más que recortar garantías y protección a los trabajadores. Macron acaba de cargarse el pacto social que había dado cohesión a Francia desde el final de la Segunda Guerra Mundial. El amplio espacio intermedio que articulaba las sociedades europeas se ha fracturado. Después de haber vivido en la indiferencia política durante los años en que parecía que todo era posible, ahora muchos ciudadanos viven con la sensación de que el Estado ni les escucha ni les protege, que los intereses de los que mandan no son los suyos, al tiempo que las jóvenes generaciones perciben un eclipse del futuro. Es una crisis de gobernanza por el agotamiento de la utopía llamada neoliberal, lanzada a finales de los setenta, que ha devuelto Europa al terreno de las desigualdades abismales y que se ha llevado por delante a la socialdemocracia que se dejó fascinar por la buena nueva que venía del Atlántico.

El caso catalán, con toda su historia a cuestas, que evidentemente lo carga de peculiaridades, es uno más de los episodios que expresan esta crisis. En su estallido comparte causas con Syriza, con el 15-M, con los Grillini, con la Francia insumisa, con el crecimiento de la extrema derecha (ahora también en Alemania), con el Brexit, incluso con el fenómeno Macron. A estos y otros movimientos tan dispares se les ha puesto la etiqueta de populismo para descalificarlos, evitando así analizar las causas y afrontar los problemas. Sólo Macron se ha librado del calificativo porque rápidamente ha cumplido con el rito iniciático que exige el sistema: una reforma laboral para desactivar el mundo del trabajo.

En una dinámica acción-reacción, el Gobierno español se escuda en los instrumentos represivos que le ofrece su posición; el soberanismo ha caído en la trampa de la ruptura unilateral. Quizá abrir el foco, darle perspectiva europea, entender que lo que ocurre aquí no es nada extraño sino que forma parte de una crisis más amplia,